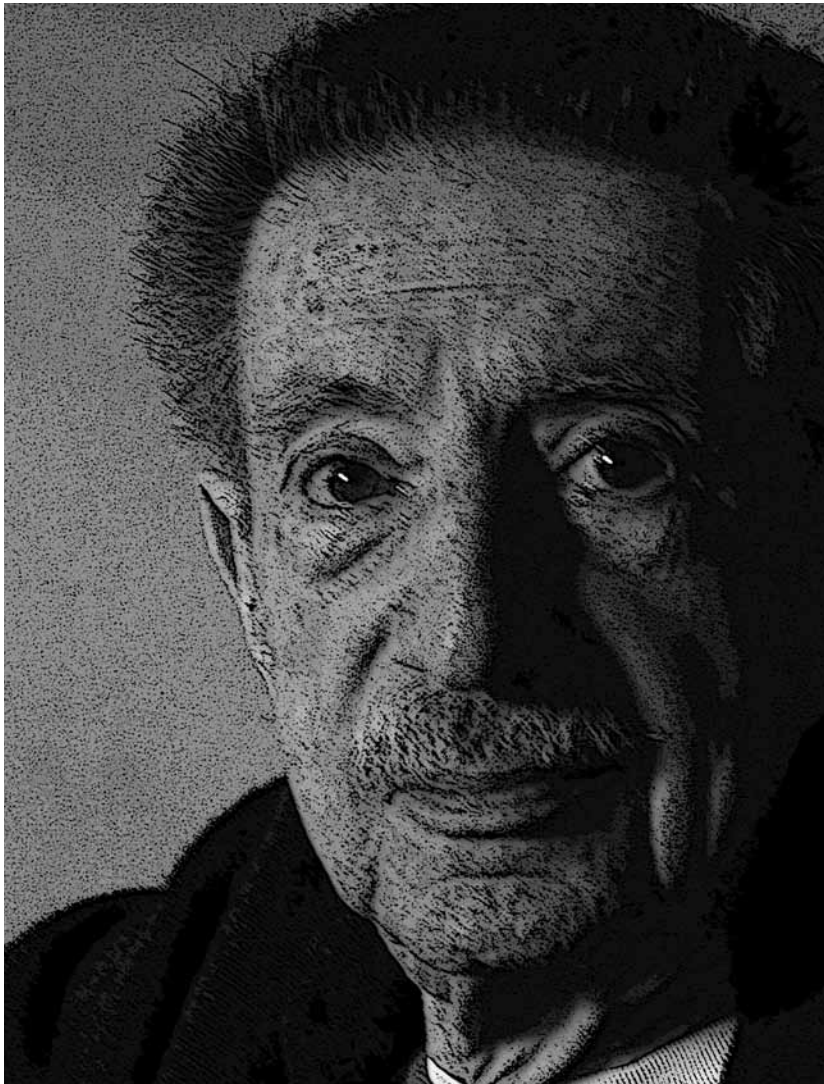


EN EL CAMPUS



ROBERTO PINEDA GIRALDO. 1919-2008.
Fotografía cedida a *Maguaré* por José Fernando Pineda Gutiérrez.

ROBERTO PINEDA GIRALDO
(16 DE AGOSTO DE 1919 - 27 DE JULIO DEL 2008)

José Fernando Pineda Gutiérrez

INFANCIA Y ADOLESCENCIA EN LA ANTIOQUIA
 DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Roberto Pineda Giraldo, mi padre, fallecido a mediados de este año, nació en Abejorral, un pueblo pequeño en el suroriente de Antioquia, el menor de una familia de seis hijos. Su padre y su madre originarios de Rionegro y de Sonsón se habían mudado al oriente del departamento cuando mi abuelo pasó a desempeñarse como empleado del Estanco Departamental. Ambos sostenían amores desde muy jóvenes y siendo católicos practicantes hasta el último de sus días hubieron de aguardar la muerte del padre de mi abuela para casarse, porque él, un conservador de rosca y tornillo, no toleró jamás que su hija contrajera nupcias con un liberal entonces aprendiz de zapatero, y menos de Rionegro. En Abejorral, Roberto iniciaría a muy temprana edad sus estudios en la única escuela pública del pueblo, la cual tiempo después rememoraba por sus aterradores exámenes finales orales presentados en audiencia pública, mientras enfrentaba un salón atiborrado de padres anhelantes y vecinos curiosos de la prueba.

Con algo menos de siete años de edad se trasladó con su familia a Medellín, cuando parte del trayecto se hacía a espaldas de sillettero desde el pueblo hasta alcanzar el llamado Alto de Santa Helena. Como tantos de su generación que habrían de figurar luego en la vida nacional, se enroló en el Liceo Antioqueño anexo a la Universidad de Antioquia para cursar el bachillerato. El Liceo, una institución para aquel entonces (incierto aún hoy en día) realmente insólita, se regía por un sistema pedagógico avanzado y liberal. Su recinto carecía de puerta con candado y de portero a la entrada del claustro, no se llamaba a lista porque la asistencia a clase era sagradamente voluntaria, cada materia del pénsum estaba a cargo de un profesor titular —lo que no siempre garantizaba una excelencia académica—, los alumnos podían optar por asistir o no a los cursos de religión, y directivas y educandos pugnaban por la tolerancia y la libre expresión de cualquier forma de pensamiento. A los alumnos se les instruía por igual en oficios manuales (carpintería, mecanografía, etc.), y la biblioteca

de la Universidad, para la época, de seguro la más actualizada del departamento, con textos modernos de muchas disciplinas y en algunas lenguas en sus anaqueles, permanecía abierta todo el día a la consulta de sus bachilleres.

Los alumnos del Liceo emergían de los más variados estratos sociales del Medellín de la década de 1930, pluralidad que el Liceo expresamente intentaba preservar como expresión central de su ideario educativo. En el gráfico relato de uno de sus egresados, varios condiscípulos eran en ese entonces hijos de carniceros, albañiles, sastres y artesanos o procedían de familias de comerciantes, capitalistas agrarios y dueños de industrias, y no se toleraba abiertamente discriminaciones raciales tan frecuentes en la imaginaria paisa. No era mixto y difícilmente habría podido serlo, pero allí en sus claustros convivían, para entonces “las dos Antioquias”, con alumnos tempranos como don Tomás Carrasquilla para avistarlas o como Gerardo Molina para testimoniarlas. Ese espíritu del Liceo Antioqueño no habría de durar cuando la politización y radicalización creciente de grupos de profesores y estudiantes chocara, años después, con la postura inflexible de la administración departamental. La tozudez de las dos partes llevó a su clausura. El fugaz episodio del proceso de democratización, liberalización y de secularización relativa de la educación fue palpable para una fracción de educandos antioqueños durante el primer tercio del siglo pasado, y mi padre fue uno de sus beneficiarios. De seguro su alma liberal contribuyó a definir su forma de interpretar el mundo y a tallar el papel del hombre de ciencia y su función en el país del novecientos.

Dentro de este espíritu liberal y a la sombra de la ética que prescribía el servicio público pulcro y de esforzada excelencia profesional —que encarnaban el alto grado moral de su sociedad de varios miembros de las nuevas generaciones educadas de Antioquia (proceso narrado singularmente en la monografía de Alberto Mayor Mora acentuando el papel de la Escuela de Minas)— transcurrió su adolescencia, luego de una breve estadía en Bogotá, cuando un agudo y mordaz apunte suyo en la clase del profesor de Química —un docente bizco que le “cargaba” ojeriza— sobre las defectuosas propiedades de los viscoelásticos le costó la expulsión de sus aulas por algo más de seis meses.

Las lecciones de literatura, geografía, historia y de filosofía (a pesar del profesor que le tocara en suerte), que reforzaba con lecturas en la biblioteca de la Universidad, y las actividades literarias y de periodismo escolar en compañía de su compañero Eddy Torres lo fueron llevando a una fascinación por el “campo” de las ciencias sociales y humanas. Entonces cuando su amigo de infancia, Antonio Panesso Robledo, lo puso al tanto del programa y las becas ofrecidas por la recién reformada Escuela Normal Superior (en adelante, ENS) en Bogotá —como parte de la política oficial de calificación de futuros docentes del bachillerato—, dejó su intensión original de cursar estudios de abogacía en la Universidad de Antioquia —la única opción universitaria a su alcance donde podría combinar su aprecio general por las humanidades con sus limitantes económicos— y ambos viajaron a la capital para entrevistarse con su director, el doctor José Francisco Socarrás. Él, un médico costeño, era miembro destacado de la intelectualidad joven de izquierda que había accedido con su renovado bagaje cultural a la política y a cargos directivos del Estado, tras la invitación expresa y la convocatoria del gran gestor de la República Liberal, el visionario reformador Alfonso López Pumarejo.

Así pues, la vida de mi padre y su formación académica transcurriría signada por la evolución positiva de la educación en la primera mitad del siglo, en particular la de la instrucción pública en Colombia y en el exterior. Sin el espíritu democratizador y reformista que buscaba menguar la discriminación económica que traían aparejada sus relativos altos costos en una sociedad tan pobre como lo era el país de entonces, merced, entre otros instrumentos, al sistema de becas, a los recursos crecientes aportados por los erarios nacionales y departamentales para la mejor formación de docentes y a la aplicación de los preceptos de educación gratuita y obligatoria consagrados en la legislación, es difícil dar cuenta de buena parte de su feliz y fructífera carrera como profesional y de sus logros, al igual que los de tantos de sus colegas y coetáneos.

SU EDUCACIÓN SUPERIOR

La nueva noción del Estado que se abría paso, el periodo de paz alcanzado luego de la salvaje carnicería de la guerra civil de fin de siglo, gracias a un acuerdo programático entre fracciones “no radicales” de

los dos partidos, combinadas con las políticas de la República Liberal les dieron la mano, les abrieron el paso, y los profesionales, combinando este respaldo oficial con su ética de responsabilidad, de disciplina académica y de frugalidad en su vida personal y pública, aprovecharon tanto como pudieron las oportunidades que el empuje económico empezaba a mostrar. En sus biografías puede observarse su tenacidad para cerrar, para sí mismos y para quienes habríamos de seguirlos, la brecha de más de dos siglos de secular rezago científico y cultural, a fin de poder llegar a “ver más lejos”.

No ahondaré sobre la ENS, calificada con precisión por algunos de sus más lúcidos analistas como “un semillero de las ciencias humanas y sociales en Colombia”, porque su historia ha sido documentada en buena medida en recientes y largamente esperados ensayos de excelente factura. Reiteraré tan solo tres de las características de su programa que me llaman la atención: primero, el innegable beneficio que para sus becarios trajo la presencia de docentes de renombre mundial que arribaron al país exiliados de la Europa de la guerra con el apoyo de los presidentes López Pumarejo y Santos Montejó: Paul Rivet, Justus Wolfram Schottelius, Pedro Urbano González de la Calle, Rudolf Hommes, Pablo Vila, Gerhard Massur, discípulo de Friedrich Meinecke, entre otros, entreverados en la enseñanza normalista con el talento de figuras nacionales o recién nacionalizadas como Antonio García, Ernesto Guhl Nimtz y Luís Eduardo Nieto Arteta.

Segundo, el énfasis hasta el cansancio en el conocimiento directo, es decir, sobre el terreno del país (en lo posible sin intermediarios, recurriendo con preferencia a fuentes primarias), promovido por su director y los docentes que los llevaron a recorrerlo de muchos modos, forzándolos incluso a actualizar, ya en remotos y casi inaccesibles lugares, la rudimentaria e imprecisa cartografía oficial de entonces y a realizar un riguroso trabajo de campo, análisis y depuración de cifras, datos, testimonios y documentos. Los diarios de campo que de él y de sus colegas se preservan ilustran a las claras el riguroso acatamiento del principio de “atenerse a los hechos”, uno de los rasgos sobresalientes de su formación positivista para que la formación teórica no deviniese en mera especulación.

Y tercero, el enfoque interdisciplinario en sus trabajos y estudios, que puede advertirse en la panoplia de técnicas, metodologías y conceptos

dentro del espíritu académico de la ENS. Estos tres rasgos de la formación impartida en la Normal se evidencian en los escritos de Roberto Pineda Giraldo, en sus cátedras universitarias y, de manera muy singular, en la forma creativa y pragmática como vertió décadas más tarde su saber disciplinario y profesional en el diseño y ejecución de exitosas políticas de gasto público que tuvieron marcados efectos redistributivos.

Las estériles consecuencias que siguieron a la persecución política contra la ENS y sus miembros por parte de fracciones dispares de la Iglesia Católica y de partidos políticos —a los que, en su reinterpretación de los hechos años después, Roberto Pineda Giraldo les atribuiría el rezago en la evolución de las disciplinas del hombre en nuestro país—, lo forzaron, al igual que a sus antiguos docentes y varios condiscípulos, a buscarse otros derroteros laborales. Empero, eso no equivalió a abandonar su interés y su vocación profesional original. Apoyándose de muy diversas y originales maneras, los condiscípulos y sus profesores de la clausurada ENS terminaron convirtiendo felizmente a la todavía ausente comunidad académica del campo de las ciencias sociales en Colombia en un sustituto casi perfecto, quizás sin proponérselo del todo, con sus periódicos encuentros y reuniones informales —muchas en casa de mis padres cada sábado por la noche, que dieron por llamar “El Seminario”, con chocolate hirviendo, pan francés y mermelada de naranja hecha en casa y servidos a la media noche por mi madre—. Allí se sembró y reforzó una amistad y un afecto entrañables que perdurarían hasta el fin de sus días.

Con el regreso de la paz al país, en otro de los cíclicos interludios de conflictos internos de nuestra historia, los ex becarios y ex profesores de la ENS retomaron su original sendero profesional y contribuyeron a consolidar institucionalmente las bases académicas para el admirable avance de las disciplinas del hombre en la Colombia contemporánea. Darío Mesa, Jaime Jaramillo Uribe, (ambos, al igual que mi padre, nacidos en Abejorral), Carlos Trujillo Latorre, Miguel Fornaguera Pineda, Milciades Chaves Chamorro, Luis Duque Gómez, Edith Jiménez de Muñoz, Blanca Ochoa de Molina y Virginia Gutiérrez de Pineda (mi madre, condiscípula suya en la ENS, con quien se había casado en 1945) fueron y continúan siendo decisivos actores en el asombroso salto cualitativo de las disciplinas del hombre en Colombia, en la segunda mitad del siglo xx.

De estos años quedan como documentos de Roberto las notas mecanografiadas de sus conferencias semanales en la Radio Nacional de Colombia, de su programa *El hombre colombiano y su medio*, y sus reseñas como comentarista a cargo de la sección internacional en la primera época de la revista *Semana* (cuando su ya referido compañero del Liceo Antioqueño, subdirector y luego director del magazín, Eddy Torres, le tendiera la mano), conferencias radiofónicas que aún restan por ser inventariadas y compiladas.

Al completar sus estudios formales en la ENS en 1945, mis padres finalmente se enrolaron en el recientemente creado Instituto Etnológico Nacional como profesores investigadores y allí laboraron hasta finales de 1950 bajo la dirección del también antropólogo, Luís Duque Gómez. El Instituto era una extensión de la ENS en el campo de la antropología creado en 1945 en acuerdo tripartito entre el Ministerio de Educación, el Servicio Arqueológico Nacional y la misma ENS. De esos años, así como de las primeras expediciones como estudiantes de la Normal, quedan varios trabajos y ensayos suyos, y contribuciones a investigaciones encabezadas por otros colegas. Entre ellas, cabe citar su participación en el prolijo estudio sobre clases sociales urbanas del antropólogo Andrew H. Whiteford y su esposa en Popayán, *Two Cities in Latin America*, reeditada en inglés en 1991 y publicada por la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, bajo la dirección de Orlando Fals Borda, como monografía a principios de los años sesenta, bajo el título *Popayán y Querétaro, dos ciudades de latinoamérica* (Whiteford, 1991). El trabajo, hacía parte de un esfuerzo pionero en la antropología norteamericana por extender a otras latitudes los muy incipientes enfoques y estudios urbanos de antropólogos, al estilo de la serie *Yankee City* de W. Lloyd Warner¹ y de *Deep South: a social anthropological study of caste and class* de Allison Davis y Mary Gardner, publicadas —parece insólito hoy— en 1941.

1 *Yankee City* es una colección de cinco volúmenes armada entre 1941 y 1959. Su primer volumen es *Social life of a modern community* de W. Lloyd Warner & Paul S. Lunt (1941); el volumen II se titula *The status system of a modern community* de W. Lloyd Warner & Paul S. Lunt (1942); el tercero se denomina *The social systems of American ethnic groups, New Haven* de W. Lloyd Warner & Leo Srole (1945); el volumen IV es *The social system of the modern factory* de W. Lloyd Warner & J. O. Low (1947); y el volumen V *The living and the dead: a study of the symbolic life of Americans* de W. Lloyd Warner (1959).

De sus propios trabajos se editaron entonces dos libros: el primero, *Aspectos de la magia en La Guajira. Estudio Socioreligioso* (Pineda, 1950) como número especial de la *Revista del Instituto Etnológico Nacional*; y el segundo, *Criaturas de Caragabí. Indios chocoes, emberaes, catíos, chamues y noamanes*, compilación de varios de sus artículos resultantes de sus viajes e investigaciones entre los indios del Chocó y de algunos escritos afines de su esposa, en una edición relativamente reciente de la Universidad de Antioquia (Pineda, 1999). Además de estas ediciones, se incluyen ensayos sobre el lenguaje en la región del Opón y del Carare escritos en compañía de Miguel Fornaguera como parte de su contribución al estudio de la lingüística en Colombia, aspecto poco conocido de su trayectoria. De este aporte se destaca “Vocabulario opón-carare” (Pineda & Fornaguera, 1958), que abarca estudios sobre algunos léxicos de La Guajira, el Chocó y de la zona del Catatumbo, y parte del trabajo que inició Paul Rivet para documentar y registrar las poblaciones aborígenes del país a mediados de los años cuarenta, en línea con sus trabajos previos en París en el Museo del Hombre.

Sus escritos, al igual que muchos de los de sus colegas de antropología, son parte de lo que Roberto alguna vez denominó la elaboración de una “etnografía de rescate” ante la incapacidad del Estado y la indiferencia del país para proteger las culturas aborígenes amenazadas por los procesos de colonización y de transformación económica que empezaban a extenderse por aquellas “remotas” comarcas. De los probables efectos negativos de esta situación, los antropólogos de la ENS formularon premonitorias advertencias, testimonios sobre culturas que se fueron extinguiendo y sobre la incapacidad e indiferencia de entonces para garantizarles la opción de su supervivencia o su integración, en términos más ventajosos, a una multiplicidad nacional de etnias².

En el *Boletín de Arqueología*, en coautoría con Ernesto Guhl, publica “Las tribus entre los ríos Branco, Orinoco, Negro y Yapurá, según Theodore Koch Grünberg” (Pineda & Guhl, 1945) además de una de sus investigaciones entre los grupos indígenas “Material arqueológico de la zona Calima” (Pineda, 1945b). Estos artículos y otros ensayos

2 Véase sus artículos: “Los motilones” (Pineda, 1945a) y “Colonización e inmigración y el problema indígena” (Pineda, 1946).

suyos muestran otra área de interés y de trabajo durante muchos años: el de la arqueología, una labor que habría de continuar cuando casi cuarenta años más tarde fuera nombrado director del Instituto Colombiano de Antropología (véase el apartado “De regreso e intereses tempranos” en este texto). En estos años se desempeña por igual como catedrático de la Universidad La Gran Colombia (de la que fue fundador de la cátedra de Historia Económica de Colombia), de la misma ENS en la cátedra de Antropología y del Colegio Nicolás Esguerra. Roberto Pineda retomaría su actividad docente al regreso de Berkeley.

ESTUDIOS EN LA UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA EN BERKELEY

En 1953, sendas becas de la Fundación Guggenheim les permitieron a él y a mi madre viajar a la Universidad de California en Berkeley para proseguir durante un año largo sus estudios en los departamentos de Antropología y Geografía. El reforzamiento de la política científica y tecnológica del gobierno de los Estados Unidos y de fundaciones privadas norteamericanas en los primeros años de la posguerra (referida en escritos como los de Immanuel Wallerstein y en artículos de Carl Ottin Sauer que me sirven de base) apuntaló el liderazgo de Norteamérica en casi todos los campos del saber, incluyendo las ciencias sociales, cruciales como habían sido para su bienestar; el mismo profesor Sauer era para entonces miembro de la junta directiva de la Guggenheim y había visitado años atrás Colombia. Los nuevos recursos y fuentes de financiación para la investigación y la capacitación de investigadores en los Estados Unidos y en el extranjero les permitieron a mis padres proseguir su formación académica merced a la generosidad y el esfuerzo de las fundaciones y universidades de ese país.

Participar activamente en una escuela de pensamiento académico de visiones divergentes pero complementarias, interactuar con antropólogos de renombre mundial como Alfred L. Kroeber, Robert H. Lowie, George M. Foster, William R. Bascom y geógrafos culturales como el ya referido Carl Ottin Sauer y James J. Parsons, le ofreció a Roberto Pineda una nueva perspectiva de su disciplina; diferente y complementaria a la exclusivamente etnográfica de la ENS, amén de los beneficios de bibliotecas y librerías donde pudo disfrutar de la lectura de varios textos y publicaciones de pensadores sociales en sus versiones originales. Los seminarios quincenales en el campus de Palo Alto,

con profesores y estudiantes de posgrado de la vecina Universidad de Stanford interesados en temas latinoamericanos, le cambiaron buena parte de su apreciación del trabajo científico en el campo social. La academia estimulaba el intercambio de información y los trabajos conjuntos entre colegas de diversas universidades y, por supuesto, ofrecía los saberes de todos los departamentos del campus a sus estudiantes, sin restringirlos innecesariamente a los cursos y profesores del departamento en que se habían registrado. Si la innovación fue una meta esencial para la universidad norteamericana y para el sistema de universidades de investigación apuntalado en 1900, la reciprocidad del saber en el interior de los centros académicos no resultaba necesariamente la mejor forma para propiciarla, lo que reforzó el interés de mi padre por trabajos y enfoques interdisciplinarios.

Emergía una antropología que a medida que estudiaba campesinos, organizaciones informales en ejércitos nacionales, vecindarios urbanos, así como comunidades étnicas, iba rompiendo paulatinamente el camisón de fuerza del corral aborígen. Una antropología que, como en el caso de los trabajos urbanos, demostraba con frecuencia la ventaja de muchos enfoques y técnicas propios del arsenal de los antropólogos frente a, por ejemplo, teorías, manejo de cifras y estudios urbanos de “la Escuela de Chicago”, entonces en boga, tras el legado de Robert E. Parck y Louis Wirth. Se trataba de una antropología que Roberto años después, a mediados de los ochenta, consideraría que se restringía innecesariamente al omitir el uso de la información estadística y el manejo de cifras para poder trascender su encajonamiento en pequeñas comunidades urbanas sin lograr referirse y escrutar las ciudades como un todo. Estos contactos le abrieron sus ojos al sendero futuro de su carrera y a lo que habría de ser su especialización como profesional de la antropología: los estudios de sociedades agrarias y urbanas.

La vida cotidiana del profesor y académico norteamericano, un par académico, en el mismo nivel de sus discípulos —más aún en California—, con encuentros informales que favorecían el intercambio de ideas en un entorno de respeto mutuo, reafirmó su ya notoria preferencia por la innovación, la informalidad en el trato, la generosidad intelectual desprevenida y ante todo la tolerancia, el respeto y la sencillez como rasgos propios y deseables de un quehacer científico; nunca

olvidaría que el trabajo disciplinario es ante todo creación colectiva ejecutada por individuos.

EL RETORNO A COLOMBIA Y SUS TRABAJOS SOBRE TEMAS REGIONALES

Su desempeño desde que regresó a Colombia en 1954 devela una gran fertilidad en el tratamiento de temas sociales. Fue miembro de los equipos que adelantaron los estudios regionales de Caldas, Cauca, Santander y Nariño, adscritos al Departamento Técnico de Seguridad Social Campesina —en adelante, DTSSC—, dirigido durante el gobierno de Rojas Pinilla por su antiguo profesor de geografía Ernesto Guhl. Estas investigaciones previas estaban diseñadas para sustentar la creación de un sistema de seguridad social para la población rural del país a partir del diagnóstico de las condiciones socioeconómicas y de salud del campesinado. La mitad de los diez miembros del equipo técnico eran becarios de la ENS.

Dado que el DTSSC era una división del Ministerio del Trabajo, dichas investigaciones regionalizaban cada uno de los departamentos estudiados con base en criterios geográficos y culturales, sin necesariamente ajustarse a la división político-administrativa interna o a los linderos departamentales mismos, así fueron creando lo que denominaron “regiones geoeconómicas”, “estructuradas por el relieve, el desenvolvimiento y la efectividad de las vías de comunicación y de los sistemas de transporte, la densidad de población y los centros de irradiación económica”. A partir de estas unidades regionales “reales” se elaboran los diagnósticos de sus *habitats culturales*, ilustrando las especificidades y modalidades de interacción del hombre rural con las particularidades del medio ambiente de residencia además de su bagaje cultural, una metodología que se anticipa con mucho a los modernos enfoques del desarrollo y a los estudios regionales.

Dentro del mismo programa de investigaciones sobre el campesinado, un tratamiento similar puede apreciarse en su estudio sobre el tabaco en Santander *Estudio de la zona tabacalera de Santander* (Pineda, 1955).

Esta investigación es a mi gusto la manifestación más ilustrativa de su estilo de trabajo y una articulada aplicación de su subyacente metodología antropológica para explicar, dimensionar y ofrecer

opciones de políticas públicas en contextos regionales, con la que intentaba transformar, en este caso, las dramáticas condiciones de vida de las familias de los aparceros tabacaleros de la zona sur de Santander, develadas en el ensayo. La lógica económica del cultivo tabacalero en los años cincuenta y sus orígenes, descritos en una apretada y reveladora reconstrucción de la historia social del cultivo a partir de la Colonia, tuvo presentes tanto la necesidad del trabajo y la mano de obra infantil campesina para mantener la rentabilidad de las parcelas dentro del sistema de aparcería, como las adversas repercusiones de las últimas políticas cambiarias e industriales de mediados de siglo sobre las condiciones sociales y las formas de organización familiar de los aparceros. A pesar de la irritación evidente de algunos grupos del departamento a resultados de la investigación, varias de sus recomendaciones en el tema político se reflejarían con celeridad en decretos y medidas adoptadas por el gobierno (el de Rojas Pinilla, transcritos en el apéndice de la publicación) para la protección y el apoyo institucional de los aparceros.

Los trabajos realizados por el equipo de la DTSSC sobre la regionalización y delimitación cultural del país durante el primer lustro de la década de 1950 son hoy poco conocidos. Dos investigaciones posteriores, utilizando metodologías un tanto diferentes pero guiadas por la misma concepción original, continuaron los esfuerzos de los años 1950 con significativos aportes: la de Miguel Fornaguera y Ernesto Guhl, en colaboración con el Centro de Investigaciones para el Desarrollo (CID), *Colombia. Ordenación del territorio en base del epicentrismo regional* (Fornaguera & Guhl, 1969), y varias de las investigaciones de Orlando Fals Borda, particularmente sus cuatro volúmenes de la *Historia doble de la Costa*, (Fals Borda, 2002), con las cuales se enriqueció y documentó minuciosamente el concepto de región y cultura, entre otros.

A su salida del DTSSC, mi padre continuó sus trabajos sobre problemas sociales particulares, casi todos en zonas rurales. En orden de aparición, *Rehabilitación de una comunidad de asalariados rurales*. Berástegui (Pineda, 1956), investigación sobre los jornaleros y trabajadores del ingenio de Berástegui en Córdoba, cuando transitoriamente laboró en la Corporación Nacional de Servicios Públicos —en adelante, CNSP— en el Departamento de Vivienda. En este mismo año

adelantó investigaciones de corta duración, una de estas fue sobre los factores culturales en el consumo de la cerveza en Boyacá, por medio de un contrato privado con la empresa Bavaria, de lo que poco logró establecer, dicha sea la verdad, y las otras en torno a las condiciones de prestación de servicios básicos en algunos municipios del altiplano cundiboyacense, estas investigaciones dentro de las funciones encomendadas a la CNSP. De tales trabajos solo se conservan copias de los originales en un par de bibliotecas. Fue docente en el año de 1955 junto con mi madre, Rafael Reyes Parga, Julio Londoño Paredes, Gerardo Reichel Dolmatoff y Milciades Chaves, entre otros, en el programa de Arqueología del Instituto Colombiano de Antropología.

ESTUDIOS Y PARTICIPACIÓN EN POLÍTICAS PÚBLICAS DE VIVIENDA POPULAR

Su vinculación al Departamento de Vivienda de la CNSP le brindó la oportunidad de iniciar sus trabajos sobre desarrollo urbano y vivienda. Su paso en 1957 a la jefatura de la Oficina de Planeación del recientemente transformado Instituto de Crédito Territorial —en adelante, ICT—, entidad a cargo de los programas nacionales de vivienda del Estado³, influye decisivamente en la transformación del enfoque tradicional para atender la veloz demanda de vivienda popular en ciudades grandes e intermedias del país, producto de los cambios en la distribución espacial de la población y otros parámetros de la transformación demográfica.

Utilizando básicamente recursos del presupuesto nacional, su innovador equipo de trabajo —en el que figuraban arquitectos, ingenieros, economistas, contabilistas, estadígrafos, trabajadores sociales y administradores de empresa— rediseña la estrategia anterior del ICT e implanta programas novedosos, como los de ayuda mutua, la autoconstrucción, lotes con servicios, desarrollo progresivo de viviendas, los programas denominados “de terceras partes” (usuarios, empresas y gobierno), sistemas cooperativos de vivienda, al igual que apoyos directos e indirectos para la tecnificación de la construcción, construir

3 El ICT se reconstruyó como resultado de la reestructuración administrativa de la CNSP, de donde surgieron tres nuevos institutos descentralizados del orden nacional.

edificaciones en altura para poblaciones entonces calificadas de “marginales” en zonas no periféricas de las urbes, etc.

En un corto lapso, el ICT, bajo la dirección de dos gerentes generales procedentes de Antioquia y del Valle del Cauca, y con el apoyo de las presidencias de Lleras Camargo y Guillermo León Valencia —las dos primeras administraciones del Frente Nacional—, logra multiplicar por un factor de casi 16, entre 1957 y 1963, el número de soluciones habitacionales urbanas de bajo costo adjudicadas prácticamente sin subsidios monetarios, buscando siempre capitalizar los dineros emanados del presupuesto nacional para lograr una cartera morosa promedio inferior al 2% durante todo el periodo.

Con el cambio de la coyuntura macroeconómica y los eventos de Punta del Este en Uruguay, se adicionaron sus recursos de crédito internos o externos y se contó con el apoyo técnico de la Agencia Internacional de Desarrollo de los Estados Unidos (AID) para diseñar y llevar a cabo lo que estimo fue el primer estudio de demanda de vivienda por ciudades y por grupos de ingreso en Colombia. Sin embargo, los recursos capitalizados del presupuesto nacional fueron, hasta principios de los años setenta, la base principal del financiamiento de esta política, superiores al 70% de su inversión anual.

Una novedosa contabilidad de costos por proyectos, el refuerzo del ordenamiento urbano y de los mercados de tierra en algunas ciudades intermedias y mayores (según se infiere de trabajos posteriores sobre mercados de tierras de Ricardo Rocha y Samuel Jaramillo para un grupo selecto de aglomeraciones urbanas adelantados a finales de los noventa) con una organización administrativa del ICT bastante espantana fueron los efectos que aportaron a la mejora institucional de los gobiernos locales, regionales y nacional para la orientación posterior de su desarrollo físico y para la modernización de buena parte del sector de la construcción en el país. Otro remanso de paz del siglo xx que facilitó el afinamiento y la continuidad de una efectiva política social.

Los nuevos proyectos de vivienda propiciaron diversas formas de participación de sus usuarios. Fortalecieron los vínculos comunitarios latentes o expresos en los asentamientos urbanos, por zonas o regiones de origen de los hogares, por vecindarios, por categorías de ocupación, etc, y se apoyaron en ellos para la creación de barrios, tomando

en cuenta sus formas de organización y sus patrones de vida. Estos proyectos dieron origen a acciones mancomunadas para la provisión de servicios sociales y de infraestructura. Apuntalaron la introducción de técnicas más avanzadas para la edificación de vivienda de bajo costo y la aparición y uso de nuevos materiales de construcción. Al garantizar umbrales más altos de demanda efectiva, reorganizaron administrativamente los organismos que las proveían e innovaron en el diseño urbano al propiciar el uso más intenso de la tierra con innegables beneficios para la planificación del crecimiento de algunas, mas no de todas las ciudades en las que intervino el ICT.

De su labor al frente de la Oficina de Planeación del ICT, quisiera poner de presente cuatro elementos que quizá ofrezcan algunas pistas para entender mejor el cómo y el por qué de su aporte al tema de la vivienda y el desarrollo urbano de mediados de siglo; meras hipótesis y sugerencias.

Primero, su conocimiento de primera mano y sus trabajos previos en sectores rurales del país lo colocaron en un punto de partida ventajoso para esbozar esta clase de propuestas innovadoras sobre vivienda urbana. Sus recorridos e indagaciones —que para entonces ya llevaban algo más de un cuarto de siglo de duración— en el altiplano cundiboyacense, los llanos y la vertiente oriental de la cordillera Central en el Tolima, las llanuras interiores del viejo departamento de Bolívar, el litoral pacífico, la zona fluvio-minera, múltiples valles interandinos, el batolito antioqueño, el piedemonte llanero, etc., le habían proporcionado un contacto directo con distintas subculturas rurales y cuasi-urbanas, de tal manera que cuando se dispara el cambio en la distribución territorial de la población —que de otra forma ha debido ser gradual, en buena parte consecuencia de la emigración hacia las urbes (en los años sesenta, la inmigración urbana contribuía con el 55%, de la tasa de crecimiento de las ciudades)— Roberto Pineda y, por supuesto, muchos de los investigadores del país agrario colombiano disponían de un conocimiento relevante sobre la población que cambiaba de residencia, particularmente de sus apremios e ídoles culturales.

El segundo elemento es el cambio en Estados Unidos desde la época del “New Deal” de los objetivos considerados por el sistema político como “válidos” para el Estado: mayor gasto público para

compensar las deficiencias de la demanda agregada y para mejorar la distribución de los ingresos. En relación con la reactivación de la economía, la expansión del gasto del Gobierno Federal, en parte mediante seguros hipotecarios ofrecidos por la *Federal Housing Administration* y transferencias para programas de infraestructura locales, tuvo un efecto decisivo en la recuperación del ingreso de estados y centros urbanos durante la década de los años treinta y la primera mitad de los cuarenta. Los multiplicadores locales de ingreso fueron superiores al 0.8, vale decir que un dólar aportado por el Gobierno Federal daba origen en menos de dos años a otros ochenta centavos de gasto en el mismo condado beneficiado. Desde entonces hasta hoy, el gasto en vivienda era tenido como un rubro presupuestal dinamizador de la economía con claros efectos redistributivos dentro de la modalidad y los sistemas de supervisión empleados por las sucesivas administraciones de Roosevelt.

Tercero, percibo cierta influencia del pragmatismo filosófico norteamericano (las premisas de algunos escritos de John Dewey y de antiguos miembros fundadores del *Journal of Speculative Philosophy*) y del avasallante y visible efecto de la aplicación del conocimiento técnico y de la ciencia al crecimiento de la economía mundial, a partir del comienzo del siglo xx, tan evidente especialmente en las tasas de productividad y de aumento del ingreso *per capita* desde finales de la Guerra. Para un observador desprevenido, la modernización de los sistemas productivos en varios sectores económicos, incluyendo el de la edificación, no podía pasársele por alto.

El cuarto y último elemento singular en el repaso de su desempeño en el tema de la vivienda es la concepción y el seguimiento institucional de esta política en la primera temporada dentro del ICT, encabezado por una persona formada en las ciencias sociales. Su concepción buscó ser una visión más holística que las que por tradición suelen ofrecer tales disciplinas y actividades, ello, arguyo de nuevo, fue crucial para la naturaleza innovadora de los imaginativos programas, resaltando su carácter redistributivo.

Entre 1958 y 1962 Roberto retoma sus cátedras de antropología, esta vez en el recién fundado Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, en compañía de Orlando Fals Borda, Camilo Torres Restrepo, Virginia Gutiérrez de Pineda, Segundo

Bernal Villa, Andrew Pearse y Milciades Chaves Chamorro, entre otros, como profesor de cátedra, no de planta. Se inicia el proceso de profesionalización de la sociología, en una facultad expresamente diseñada para ello, por vez primera en América Latina. En 1959 es conferencista sobre el tema de la vivienda en cursos cortos que dicta en la Universidad de Puerto Rico y además asiste como alumno a un curso ofrecido a profesionales y funcionarios públicos por la Comisión Económica para América Latina (Cepal) de la Naciones Unidas, para obtener en octubre de ese mismo año su diploma de Experto en Desarrollo Económico.

Durante su estadía en el ICT, Roberto aprovecha su visita al Líbano (Tolima) dentro del estudio que adelantaba sobre las condiciones de vivienda en el municipio, adscrito a los programas del instituto, para explorar y documentar por su cuenta los efectos y las razones del gran desplazamiento de población rural a resultas del conflicto civil armado, conocido como La Violencia. Su veloz investigación publicada también como monografía de la Facultad de Sociología, *El impacto de La Violencia en el Tolima: el caso del Líbano* (Pineda, 1960), es posiblemente el primer trabajo de un científico social que ofrece unas explicaciones y cifras sobre este tema en Colombia; como lo recordará Orlando Fals Borda en una carta a mi padre en su homenaje en la Universidad Central en el 2006, con este trabajo, Roberto “había abierto la trocha de tan doloroso asunto”.

Sus hallazgos sirvieron para que, por sugerencia de Roberto, Orlando, el fundador y para entonces decano del Departamento de Sociología, entrase en contacto con el sacerdote Germán Guzmán, a la sazón párroco del municipio, y valorara de primera mano el abundante material recopilado por el clérigo sobre el tema. Este material fue una de las bases de información para lo que sería después el trascendental y revolucionario estudio *La Violencia en Colombia* con la autoría tripartita de Fals Borda, monseñor Germán Guzmán y de Eduardo Umaña Luna. Roberto Pineda Giraldo habría de volver ocasionalmente sobre el tema de La Violencia en otro artículo publicado en la *Revista de la Cámara de Comercio de Bogotá*, sobre la inseguridad colectiva y el débil sistema judicial, este con un carácter más teórico que documental “Aproximación al estudio de la inseguridad colectiva” (Pineda, 1973).

En 1963 pasa a la Organización de Estados Americanos —en adelante, OEA—, como especialista principal en vivienda, donde colabora con el equipo que dirige el también antropólogo español nacionalizado mexicano Ángel Palerm.

Fue director del Centro Interamericano de Vivienda —en adelante, Cinva—, durante ocho años. Organiza y complementa el programa académico de formación de especialistas en vivienda para América Latina, empleando y difundiendo en las aulas buena parte de sus experiencias en el ICT y en otros países del globo, a través de cursos regulares a muchos de quienes habrían de desempeñar un papel importante en las políticas y proyectos públicos y privados habitacionales en el continente. El extraordinario equipo de profesores del Cinva, provenientes casi todos ellos de países de América Latina y con especializaciones en los diversos procesos y componentes de los programas habitacionales, proveyó el apoyo de especialistas de primera línea imprescindible para lograr y sistematizar dicho programa académico. Al regresar a Colombia a finales del año 1963, presenta y sustenta su tesis de grado en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, la cual que le otorga el título de Doctor en Ciencias Económicas y Sociales.

En estos años retorna a la docencia, esta vez dentro del propio Cinva, dictando la cátedra central Políticas de Vivienda y Desarrollo Urbano, en el Curso Superior de Vivienda y colaborando esporádicamente con la Universidad Nacional, específicamente con la Facultad de Arquitectura, el Departamento de Antropología y, en pocas ocasiones, con algunos de sus centros de investigación. Redacta documentos como material didáctico de apoyo para los cursos, que para mi querer, reflejan claramente su pensamiento sobre los temas del desarrollo urbano y la vivienda en el continente latinoamericano, sustentados en su trayectoria previa como antropólogo y vivendista; estos son: *Vivienda: derecho y libertad* (Pineda, 1966); *Crecimiento urbano. Causas y consecuencias* (Pineda, 1969a); *Políticas de vivienda. Notas de cátedra* (Pineda, 1969b) y *Bases y objetivos de la autoconstrucción. Notas de cátedra* (Pineda, 1970a)⁴.

4 Ninguno de los cuatro documentos forma parte de publicaciones formales, son reproducciones de mimeógrafo.

De esta época data su ensayo sobre los inquilinatos, uno de los temas que ocupara la atención de varios especialistas sociales en el desarrollo urbano. Inquilinatos, conventillos, “cortiços”, “casas de cómodos”, “cabeças de porco” y otros nombres aparecen con alguna frecuencia en la literatura antropológica de los años sesenta y algo de los setenta, como en los ensayos de Mattos Mar en el Perú, del mismo Andrew Pearse en Brasil o las descripciones paralelas de Oscar Lewis en México sobre la cultura de la pobreza. En *El inquilinato. Causas e implicaciones* (Pineda, 1970b), Roberto destaca los inquilinatos en las urbes colombianas como residencias transitorias para inmigrantes pobres llegados al corazón de la urbe, albergues donde se logra la organización política de las familias previa a la invasión de tierras en la periferia.

Pero su interés general no deja de ser el papel de las ciencias humanas en la formulación y manejo de problemas sociales, uno de los rasgos más visibles de su biografía laboral. En efecto, cuando retoma el tema de la “participación comunitaria”, hace hincapié en los dilemas éticos del investigador y del profesional que participan en la acción del Estado, criterios esbozados en su ensayo “Responsabilidad del investigador social en el proceso de planificación” (Pineda, 2008, en edición) —publicado en esta edición de *Maguaré*—, un texto incompleto de cerca de cinco páginas probablemente redactado en 1974.

Años más tarde, como estaba convencido de que el Cinva había cumplido ya su tarea de formación de expertos en vivienda, en 1971 les propone a los signatarios originales del acuerdo su clausura y en su reemplazo la creación de un sistema de información de desarrollo urbano para la región, que sirviese de consulta y apoyo a entidades y profesionales enfrentados a los agudos problemas de la acelerada urbanización del continente. El Sindu, como fue denominado dicho sistema, surge en 1972, cuyo primer y único director hasta 1977 fue Roberto Pineda; cuando el nuevo centro se cierra bajo la égida de la OEA.

DE REGRESO A TEMAS E INTERESES TEMPRANOS

En 1978 viaja, asignado igualmente por la OEA, a Ciudad de México dentro del Programa de Desarrollo Rural en Áreas Prioritarias y tres años más tarde, cumplido su contrato, renuncia para regresar a Colombia en 1981. En 1982 es nombrado por el presidente Belisario

Betancourt director del Instituto Colombiano de Antropología, la institución que reemplazaría al Instituto Etnológico Nacional, y permanece en este cargo hasta el final del gobierno en 1986⁵. Luego se desempeña como consultor ocasional en algunos proyectos de vivienda y de planificación urbana; el de El Salitre en Bogotá durante la presidencia de Virgilio Barco, en la firma Arturo Londoño y Compañía bajo la dirección del mismo Arturo Londoño. Por último, trabaja de nuevo como investigador con su esposa, Virginia Gutiérrez de Pineda, en el estudio del proceso de miscegenación (mestizaje) en la Nueva Granada en el siglo XVIII, una investigación apoyada por Colciencias que les tomó casi cuatro años acopiando de manera minuciosa documentación histórica proveniente de muy diversos archivos regionales y nacionales y en la que vertieron su visión de más de medio siglo estudiando la cultura, la historia y la geografía nacional. Su trabajo, *Miscegenación y cultura en la Colombia colonial; 1750-1810* (Gutiérrez & Pineda, 1999), aparece publicado un mes después de la muerte de mi madre en 1998 en dos tomos.

Entre 1988 y el 2006 colaboró como miembro de la junta directiva de la Comisión para el Intercambio Educativo, el llamado Programa Fulbright, apoyando la escogencia y financiación internacional de programas de especialización en el exterior de becarios colombianos y asesorando a su junta directiva y a su director ejecutivo con sus evaluaciones sobre las perspectivas académicas de varias instituciones de educación superior que solicitaran el apoyo del Fulbright.

Vuelve a la cátedra por última vez en los años 1987 y 1988 para ofrecer algunos cursos en el departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia y así mismo, entre 1995 y 1996, en la Universidad Externado de Colombia. Con su esposa dictan conferencias sobre métodos de investigación en ciencias sociales en el programa de Historia de la Universidad Industrial de Santander, en Bucaramanga. La Universidad Nacional le otorga el título de profesor honorario y el Instituto de Integración Social de Antioquia le concede la Medalla de Trabajador de la Cultura en Medellín.

5 El presidente Betancourt y mi padre habían trabajado juntos como periodistas en la primera época de la revista *Semana*, como lo he narrado, bajo la dirección de Eddy Torres.

Colabora en algunos trabajos y publicaciones sobre temas tradicionales de la antropología y sobre sus indagaciones etnográficas y arqueológicas adelantadas antes de sus estudios en California y en su segunda etapa, cuando fuera director del Instituto Colombiano de Antropología. Publica en coautoría con Patrick Rouillard, *San Agustín* (Pineda & Rouillard, 1987); el artículo “Dos Guajiras” (Pineda, 1987a) del libro de Gerardo Ardila (comp.) *Guajira. Entre Iwa y Cerrejón, e Introducción a la obra Resumen de etnografía indígena colombiana* (Pineda, 1987b) del Instituto Colombiano de Antropología.

Su gran ilusión ya en la madurez, intuyo que gestada desde su temprana colaboración con el matrimonio Whiteford en Popayán en 1947, fue redactar y dictar un curso de antropología urbana, para cuya preparación había trabajado esta vez durante algo más de cuatro años, organizando notas y apuntes y adelantando lecturas que en razón de sus trabajos y ocupaciones anteriores había pospuesto. Su interés por una nueva área de docencia en dónde transmitir y someter a debate su pensamiento antropológico se frustra al iniciar el aguardado semestre debido a razones de salud.

De ese esfuerzo quedan sus notas y unos breves escritos, ahora disponibles como manuscritos dentro del afortunado y generoso programa de documentación y recuperación de su obra y la de su esposa, iniciado y respaldado por la Universidad Central en colaboración de la Universidad Nacional. Entre ellos, *Los desequilibrios regionales y sociales* (Pineda, s. f.) y *Problemas de vivienda: un problema social* (Pineda, s. f.). Además una referencia adicional sobre antropología urbana: “Introducción al estudio antropológico de la cultura y la sociedad urbana” (Pineda, 1982) del libro de Julián Arturo (comp.), *Temas para un curso de antropología urbana*.

Participó, por igual, en proyectos y conferencias apoyadas por Colciencias con otras instituciones sobre la historia, los rumbos y perspectivas de las ciencias sociales en Colombia. De esas dos últimas décadas, hay algunos trabajos suyos sobre este tema, entre cuyo inventario, que considero todavía incompleto, puedo referir: “Perspectiva y prospectiva de la antropología en Colombia, 1991” (Pineda, 1992), “Inicios de la antropología en Colombia” (Pineda, 2000) y “Presencia de la ética. Notas para una conferencia” (Pineda, 2002). En la misma línea, un documento de su autoría aún sin publicar por Colciencias,

de enero de 1990, *Guía para una evaluación crítica de la investigación en ciencias sociales*.

NOTAS FINALES

Prefiero y me es grato que sean otros quienes escriban en torno al pensamiento, juzguen críticamente y den razón de la contribución a la antropología y a disciplinas afines por parte de mi padre.

Como profesional de las ciencias sociales contemporáneas, mi padre comprendía la exigencia y la ventaja de manejar y combinar perspectivas temporales distintas en la descripción y en el análisis, con el fin de evitar, hasta donde sus limitaciones le permitieron advertirlo, encallar en la Escala de lo trivial, del incrementalismo, de “la regla de la miopía” o en la Caribdis de las generalidades intraducibles para la acción, en el fondo todas vecinas de las trivialidades.

El distanciamiento que precisaba para lograr una perspectiva lo más objetiva posible sobre el comportamiento humano no fue para él, hasta donde logro vislumbrarlo ahora, equivalente a indiferencia o nulo compromiso personal con su mundo, y menos con su país. Quizás, por el contrario, fue la respuesta que escogió al dilema moral que se le presentaba recurrentemente y de manera casi imperativa y decisiva cuando recorría los latifundios del sur del Tolima, en compañía del líder indígena Quintín Lame, a quien se unió desde su primer encuentro gracias a una gran simpatía mutua y casi instantánea identificación de propósitos. Este episodio —como me lo subrayó acertadamente Darío Fajardo Montaña: de significación decisiva para su vida— es narrado en Pineda (2002).

Tomando partido deliberadamente, y ojalá algo consciente de esta inmodestia nada justificable, mi reconstrucción de su trasegar de casi ochenta y nueve años, al final de su vida, me dice que su decisión en medio de los rastrojos de Ortega y Ataco fue, y con mucho, afortunada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Davis, A. & Gardner, M. (1941). *Deep South: a social anthropological study of caste and class*. Chicago: University of Chicago Press.
- Fals B., O. (2002 [1979]). *Historia doble de la Costa*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Banco de la República & El Áncora Editores.

- Fornaguera, M. & Guhl, E. (1969). *Colombia. Ordenación del territorio en base del epicentrismo regional*. Manuscrito no publicado. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas.
- Gutiérrez de P., V. & Pineda G., R. (1999). *Miscegenación y cultura en la Colombia colonial; 1750-1810*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Guzmán C., G., Fals B., O & Umaña L., E. (1962 [2005]). *La violencia en Colombia*. Bogotá: Taurus.
- Pineda G., R. & Guhl, E. (1945). Las tribus entre los ríos Branco, Orinoco, Negro y Yapurá, según Theodore Koch Grünberg. *Boletín de Arqueología*, 1(2), 171-184.
- Pineda G., R. & Rouillard, P. (1987). *San Agustín*. Medellín: Editorial Colina.
- Pineda G., R. (1945a). Los Motilones. *Boletín de Arqueología*, 1, (4), 349-367.
- Pineda G., R. (1945b). Material arqueológico de la zona Calima. *Boletín de Arqueología*, 1, (6), 491-518.
- Pineda G., R. (1946). Colonización e inmigración y el problema indígena. *Boletín de Arqueología*, 2 (4), 361-380.
- Pineda G., R. (1950). Aspectos de la magia en La Guajira. Estudio socioreligioso. *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, 3, (1).
- Pineda G., R. (1955). *Estudio de la zona tabacalera de santander*. Bogotá: Ministerio de de trabajo, División técnica de seguridad campesina.
- Pineda G., R. (1956, julio). *Rehabilitación de una comunidad de asalariados rurales. Berástegui*. Manuscrito no publicado. Bogotá: Corporación Nacional de Servicios Públicos.
- Pineda G., R. (1958). Vocabulario opón-carare. En R. Pineda & M. Fornaguera (eds.), *Biblioteca de Antropología. Homenaje al profesor Paul Rivet* (pp. 191-203). Bogotá: Editorial ABC.
- Pineda G., R. (1960). *El impacto de La Violencia en el Tolima: el caso del Líbano*. Monografías Sociológicas n.º 6. Bogotá: Departamento de Sociología, Universidad Nacional de Colombia.
- Pineda G., R. (1966). *Vivienda: derecho y libertad*. Manuscrito no publicado. Bogotá: Cinva.
- Pineda G., R. (1969a). *Crecimiento Urbano. Causas y Consecuencias*. Manuscrito no publicado. Bogotá: Cinva.
- Pineda G., R. (1969b). *Políticas de vivienda. Notas de cátedra*. Manuscrito no publicado. Bogotá: Cinva.
- Pineda G., R. (1970a). *Bases y objetivos de la autoconstrucción. Notas de cátedra*. Manuscrito no publicado. Bogotá: Cinva.

- Pineda G., R. (1970b, marzo). *El inquilinato. Causas e implicaciones*. Manuscrito no publicado. Presentado en la Primera Conferencia Nacional sobre Familia, Infancia y Juventud, Bogotá.
- Pineda G., R. (1973, marzo). Aproximación al estudio de la inseguridad colectiva. *Revista de la Cámara de Comercio de Bogotá, Aspectos de la Seguridad Colectiva*, 10, 91-99.
- Pineda G., R. (1982). Introducción al estudio antropológico de la cultura y la sociedad urbana. En J. Arturo (comp.), *Temas para un curso de antropología urbana*. Sin datos de edición.
- Pineda G., R. (1987a). Dos Guajiras. En G. Ardila (comp.), *Entre Iwa y Cerrejón*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, FEN.
- Pineda G., R. (1987b). *Introducción a la obra resumen de etnografía indígena colombiana*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.
- Pineda G., R. (1990). *Guía para una evaluación crítica de la investigación en ciencias sociales*. Manuscrito sin publicar. Bogotá: Colciencias.
- Pineda G., R. (1992). Perspectiva y prospectiva de la antropología en Colombia, 1991. En *Colciencias. Ciencias sociales en Colombia* (pp. 69-115). Bogotá: Empresa Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Pineda G., R. (1999). *Criaturas de Caragabí. Indios chocoes, emberaes, catíos, chamues y noamanes*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Pineda G., R. (2000). Inicios de la antropología en Colombia. En F. Leal & G. Rey (eds.), *Discurso y Razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia* (pp. 25-45). Bogotá: Ediciones Uniandes, Fundación Social & Tercer Mundo.
- Pineda G., R. (2002). Presencia de la ética. Notas para una conferencia. *Maguaré*, 15-16, 11-24.
- Pineda G., R. (2008 [1974]). Responsabilidad del investigador social en el proceso de Planificación. *Maguaré*, 22 [en edición].
- Pineda G., R. (s. f.). *Los desequilibrios regionales y sociales*. Manuscrito sin publicar.
- Pineda G., R. (s. f.). *Problemas de vivienda: Un problema social*. Manuscrito sin publicar.
- Warners Ll. & Lunt, P. (1941). *Yankee City*, vol. 1. The Social Life of a Modern Community. New Haven: Yale University Press, 1941.
- Whiteford, A., H. (1991 [1960]). *Popayán y Querétaro. Dos ciudades de Latinoamérica*. Traducción de François Correa. Bogotá: Facultad de Sociología, Universidad Nacional de Colombia.